

¿CAMBIOS EN LA CONFESION?

Por RENZO RICCIARDI

¿Ha realizado el periodista Vené un verdadero viaje alrededor de los pecados del hombre contemporáneo o tan sólo de los italianos? Dudo de ambas cosas por varios motivos que explicaré a continuación.

Según estadísticas eclesiásticas recientes y fidedignas, los italianos que se acercan a la comunión (y, por ende, a la confesión) oscilan entre el 20% y el 30%; o sea, puesto que la población supera en poco los 50 millones, debería haber entre 10 ó 15 millones de penitentes, distribuidos en las 24.000 parroquias de la península, y alrededor de 100.000 confesores, incluyendo las iglesias no parroquiales y los clérigos pertenecientes a Ordenes y Congregaciones religiosas. ¿Cuántos entre éstos pudo entrevistar Vené? Ni el 1%, supongo.

El sociólogo y el estadístico tienen algo que decir acerca de la encuesta: la metodología del muestreo obliga a seleccionar rigurosamente las fuentes de información (muestras), mientras el periodista confiesa

haber adoptado el sistema de escoger unos cuantos sacerdotes o religiosos "a través de las guías telefónicas, en zonas distintas de cada ciudad", sistema muy empírico por cierto y no apto para las aldeas, que, sin embargo, figuran en la encuesta a través de las declaraciones de curas rurales. Me gustaría saber cómo se las arreglaría cuando, después de haber seleccionado (supongamos) diez confesores en barrios populares y diez en los residenciales, cinco o seis de uno de los dos grupos, sobre todo los del segundo, rehuían participar en la encuesta.

Mi impresión (puedo equivocarme, por supuesto) es que el periodista se limitó a consultar a unos cuantos sacerdotes de dos o tres grandes ciudades, incluyendo la periferia. En conjunto, los confesores interrogados no deben haber sido muy numerosos y, por tanto, no pueden representar toda la situación nacional. Además, el "tipo" de sacerdote entrevistado tal vez no sea tan genérico, sino más bien especial. Como dice en su comentario, por lo demás favorable, fray

Nazzareno Fabbretti: "una encuesta de élites para élites".

En fin, me parece que en la interpretación de las respuestas de los confesores consultados se ha filtrado mucho de la personalidad del entrevistador con su cultura, sus impresiones, sobre todo sus simpatías.

Digo esto no por restar valor al servicio de Vené; pero mi experiencia en este campo me ha enseñado que las encuestas, muy a menudo, tienen un resultado ya fijado de antemano. Tal vez éste se ha venido dibujando durante los trabajos preparatorios, tal vez la misma encuesta tiene por objeto demostrar una tesis prefabricada, y toda la labor se reduce a acumular pruebas y testimonios, valgan lo que valgan. Quien lo dude, lea *Cómo mentir con las estadísticas*, de dos expertos americanos, Darrell Huff e Irving Geis (traducción castellana: Ed. Sagitario, Barcelona, 1965).

En todo caso, la buena fe de Vené está por encima de toda sospecha, pues no se preocupa de ocultar sus equivocaciones. Por ejemplo, asegura que, según las declaraciones concomitantes de los sacerdotes, el adulterio sería el pecado más confesado; pero afirma también que los que más frecuentan el confesonario son los casados de media edad, cuyas costumbres tienen raíces en una moral tradicionalista. Esto lleva a la conclusión de que el adulterio es el pecado más confesado de una categoría, es decir, la que proporciona el mayor número de penitentes, pero no de todos los italianos. Se trata de un dato relativo, no absoluto, porque puede haber otros pecados (contra el sexto o cualquier otro de los Mandamientos) que son más numerosos, pero los pecadores pertenecen a categorías distintas —por sexo, edad, estado civil, etc.— que no van a confesarse y, por consiguiente, no entran en la estadística. Esta es una muestra de lo que puede ser, en Vené, un error de buena fe.

Debe hacerse también una reserva acerca de ciertas "novedades" de los pecados: la novedad existe sólo para los que no conocen a fondo esta materia. Sin molestar a los Padres de la Iglesia y a los moralistas, Vené podía hurgar, por lo que al "pecado de Estado" se refiere, entre sus recuerdos escolares. No cabe duda que en el liceo le hicieron leer el Dante, poeta teológico por excelencia, quien a su paso por el infierno nos hace encontrar a déspotas y demagogos, jueces venales y ladrones, prevaricadores del tesoro público y tribunos rufianes. ¿El "pecado social"? Tiene tres mil años. Los primeros en señalarlo fueron los profetas de Israel, desde Moisés a Isaías, Amós, Miqueas y Oseas. ¿Dónde está la novedad?

Valores positivos de la encuesta

Así y todo, a pesar de las reservas que hemos hecho y de otras que podrían hacerse, la encuesta de Vené tiene valores positivos que pueden y deben tomarse

en cuenta. Antes de todo, se ha guardado de caer en lo chabacano y se ha tenido el buen gusto de evitar ciertos argumentos (por ejemplo, la regulación de la natalidad) que representan el mayor quebradero de cabeza para los confesores en la actualidad. No es imaginable que entre sus entrevistados nadie haya hecho referencia al argumento, y haberlo pasado por alto debe ponerse a su activo.

Merece destacarse también el trato delicado y lleno de simpatía humana que ha dispensado al clero. El confesor, en su encuesta, aparece como el que, detrás de la reja, no sólo juzga y absuelve en nombre de Jesucristo, sino aconseja, explica, exhorta, guía y, sobre todo, ama a sus ovejas, también a las descarriadas, que nunca pasan el umbral de la iglesia. Él, muchas veces, va en su busca y, en todo caso, sufre por ellas.

La encuesta, es cierto, ha afrontado argumentos muy escabrosos (que sólo he rozado en mi resumen); pero los Obispos, en el Concilio, han arrojado sin miedo materias mucho más delicadas e hirientes. El éxito de la encuesta, por otra parte, es índice de un interés en continuo aumento hacia lo religioso, y Vené, a pesar de sus equivocaciones, ha demostrado mucha sensibilidad periodística al buscar las nuevas orientaciones que pueden desprenderse de las confesiones, pues el pecado no es sólo un fenómeno religioso, sino también moral y social. En resumen, la encuesta pone de manifiesto tres tendencias que, sin llegar a ser estadísticamente comprobadas en su extensión (¿a qué porcentaje de los penitentes corresponden?), me parecen muy cerca de los hechos:

- 1) El mayor sentido de responsabilidad de los jóvenes que se confiesan y su inconformidad con los esquemas tradicionales al presentar este Sacramento.
- 2) El desarrollo del sentido comunitario en muchos penitentes, es decir, la intuición de la responsabilidad en los pecados de los demás.
- 3) La resistencia de la mayoría de los católicos a confesar los "pecados sociales".

Vené no lo sospecha, pero los párrafos 1 y 2 podrían ser una consecuencia de los numerosos Cursillos y Movimientos de apostolado laico que se han venido multiplicando en los últimos veinte años y acaso reflejan el impacto suscitado en el laicado —después de haber renovado la teología y la liturgia— por la doctrina del Cuerpo Místico. ("Un alma que se eleva, eleva el mundo", decía Elisabeth Leseur; e, inversamente, cada alma que se degrada, degrada el mundo.) El N° 3 acusa la deficiencia de una catequesis más adherente a los principios en que se ha inspirado el Concilio Vaticano II, deficiencia que constituye también el motivo de la inconformidad de la juventud a confesarse según pautas que no pueden satisfacer la conciencia del cristiano de hoy.

Recordaré de paso que en muchas iglesias italianas los confesonarios llevan carteles forrados en plástico con la lista de las violaciones de los Mandamientos como recordatorio para los penitentes. Claro está que

los Mandamientos siguen vigentes, pero hoy se pone el acento más bien sobre el trasunto que de todos ellos hizo el propio Verbo encarnado en el Evangelio: todos los pecados son atentados contra el amor, amor a Dios y amor al prójimo, que son una misma cosa. Una de las formas más difundidas de traición al amor es la triple idolatría de nuestra época: el dinero, el sexo y la política. Esta última, por supuesto, no en el sentido de participación en la vida pública para cooperar en el bien común, que es uno de los deberes remachados por la Constitución "La Iglesia en el mundo de hoy", sino como idolatría partidista e ideológica. A ése sí que se le podría llamar un "pecado nuevo". ¿Cuántos se confiesan por su apego desorbitado al "partido" (sea cualquiera su color) por encima de toda consideración moral, justificando también lo que no puede justificarse, con fanática terquedad? Hoy se lucha, se vive y hasta se muere por un falso ideal político como una vez se luchaba, se vivía y se moría por la religión y la patria. El mal está tan arraigado que a los fanáticos de esta clase de política, que muchas veces no son malas personas, si es que van a confesarse, o tal vez en punto de muerte, no se les ocurre acusarse de este pecado por la sencilla razón de que no lo advierten ni creen obrar mal al amar y obedecer al Partido más que a Dios, limitando su amor al prójimo sólo a sus copartidarios y odiando a todos los demás. He aquí una falla de la catequesis, de la que vamos a ocuparnos más adelante.

¿Que algunas tendencias, señaladas por los confesores, rozan el protestantismo? En otra ocasión, quizá en un próximo artículo, voy a demostrar que todo cuanto pueda aparecer atrevido en la encuesta de Vené ya se había dicho en encuestas y ensayos que remontan al tiempo de Pío XII. De todos modos, si vamos al fondo de las cosas, caemos en la cuenta de que la Iglesia católica abriga criterios no menos amplios que los de nuestros hermanos separados también en punto a moral. Vamos a dar un ejemplo sobre un asunto muy actual. El 26 de octubre de este año 1966, un grupo de estudio nombrado por el Consejo de las Iglesias Anglicanas, después de dos páginas de trabajo, ha presentado un informe de 77 páginas impresas sobre el tema "Sexo y moralidad", del cual reproducimos a continuación unos párrafos:

"Las críticas contra el tipo de moralidad codificada e inalterable se han hecho siempre más numerosas y penetrantes... Aquellas críticas toman como blanco la exterioridad de una moral codificada en reglas fijas y el uso artificial de etiquetas y categorías. Para poner un ejemplo, muchas críticas rehúsan la condena del adulterio sin tener en cuenta las circunstancias, y argumentan: A) No se puede condenar indiscriminadamente. El verdadero camino para refrenar el adulterio es enseñar a la gente cómo debe amarse al propio compañero. B) Lo que verdaderamente tiene que rechazarse es el matrimonio sin amor... C) El adulterio es un proceso en desarrollo, no consiste en el acto final. Es absurdo tolerar las fases preparatorias y reservar la condena al acto que necesariamente deriva de ellas."

Ahora bien: A) La Iglesia católica ya desde algunos decenios está fomentando un movimiento en el que participan médicos, psicólogos, teólogos y sacerdotes especialistas en materia matrimonial, además de ex-

tensos grupos formados por gente casada (Movimiento Familiar Cristiano), para el estudio de las relaciones matrimoniales en el mundo de hoy y frente a todos los problemas que éste plantea continuamente. Por supuesto, uno de los argumentos-clave es "cómo debe amarse al propio consorte" (por cierto, no sólo físicamente). B) Es tradicional en la Iglesia la oposición a los llamados "matrimonios de interés", contrarios al principio de que la unión conyugal debe fundarse en el amor mutuo de los contrayentes; y es muy conocida la protección que siempre ha prestado a los jóvenes enamorados contra la hostilidad injustificada de las familias. Existe hasta el testimonio de obras literarias insignes basadas en los matrimonios secretos: la más famosa es el drama de Romeo y Julieta, de Shakespeare. C) El adulterio ¿es "un proceso en desarrollo"? Para los católicos es una verdad asentada en el Evangelio. Nuestros moralistas, desde siglos, han proclamado que en los pecados de concupiscencia no existe "parvedad de materia" y aconsejan a quien experimente tentaciones de este género: *principiis obsta*, o sea, oponte con energía a los primeros asomos de los malos deseos. Esta es la misma doctrina proclamada por Cristo, que se mostró más misericordioso (al evitar la muerte por lapidación de la mujer adúltera, porque Dios no quiere la muerte del pecador, sino que se convierta y viva), pero al mismo tiempo más severo que la Ley mosaica: "Habéis oído que se dijo a los antiguos: No adulterarás. Pero Yo os digo que todo el que mira a una mujer deseándola (he aquí el "proceso de desarrollo"), ya adulteró con ella en su corazón." (Mat., 5, 27-28) La mirada codiciosa, el acto consumado en el pensamiento y, en general, todo lo que no rechaza, sino fomenta el mal deseo, es pecado de adulterio, por una o por ambas partes, sin necesidad de llegar a la consumación del acto material.

Renovar la catequesis

Esto es algo elemental para quien ha hecho estudios de moral o, más sencillamente, ha leído y meditado los Evangelios. Pero ¿cuántos hombres y cuántas mujeres, que sólo frecuentan de vez en cuando los Sacramentos, saben que con la sola intención o el mal pensamiento realizan el pecado ante Dios? ¿Quién se lo ha explicado? De saberlo, quizá al menos uno de ellos habría dicho algo en confesión y habría recibido del sacerdote consejos, orientaciones, fortaleza para evitar lo peor, que a menudo lleva como consecuencia al desmoronamiento familiar.

Y hemos llegado al punto álgido de la cuestión. Lo que más urgentemente se necesita, en el cuadro de las iniciativas postconciliares, es la renovación de la catequesis. El catecismo que usamos, a pesar de las sucesivas adaptaciones, en el fondo es el mismo que se recopiló después del Concilio Tridentino. ¡Y han pasado 400 años!

Los católicos conscientes sienten una gran ansiedad en profundizar los principios de su religión y su moral;

¿qué otro significado tendría, si no, el éxito de los Movimientos a los que me he referido poco antes (Mundo Mejor, Familiar Cristiano, Cursos de Cristiandad, Semanas de Impacto, etc.), que, conscientemente o no, tienden a llenar un vacío, remediar una indigencia de la cultura cristiana que se limita a las reglitas del catecismo (para los que aún las recuerdan) y a las breves y muy rutinarias homilias dominicales? Sí, ya se existen también (donde existen) los Cursos de Religión en las escuelas secundarias, pero son algo escolar, es decir, algo que se aprende para el examen, no para la vida; y luego se olvida rápidamente. Esta es, en mi modesta opinión, una de las tareas más urgentes de las Conferencias Episcopales nacionales: el *aggiornamento*, la puesta al día de la catequesis católica en las líneas trazadas por el Concilio Vaticano II.

Por último, la encuesta de Vené pone al descubierto otro problema que sería peligroso ignorar: la Iglesia católica, después de Juan XXIII, "ha salido del ghetto" y se ha abierto al mundo; pero hay una categoría de clérigos y de laicos, sobre todo jóvenes, que querrian ensanchar demasiado la "apertura", y otros, mucho más numerosos, que están harto impacientes para realizar ya los cambios que el Concilio Vaticano II autorizó o hizo columbrar. Espoleados quizá por el ejemplo y los tanteos de algunas diócesis de vanguardia de Bélgica, Holanda, Francia, Alemania, pero sin tener en cuenta el distinto nivel del medio social y religioso del país en que viven (Italia, como España, en punto a religión, debe clasificarse entre los "subdesarrollados") y al éxito no siempre positivo de ciertas experiencias.

Nadie me acusará de contradicción si, después de haber predicado desde las páginas de esta misma revista la necesidad de realizar cuanto antes los postulados del Concilio, hoy declaro que a esta realización debe procederse por etapas, con gradualidad y prudencia. Se necesita cierto tiempo para llevar el medio en que vivimos a entender y aceptar todas las innovaciones conciliares. Debemos tener el valor de reconocer que la situación de la mayoría de los países católicos es de atraso, pues no sólo en el campo social la Iglesia se había quedado rezagada. En estos últimos tiempos se ha buscado ganar el tiempo perdido y se han salvado con brío algunas etapas decisivas, quizá las más difíciles, pero lo más queda por hacer.

Gradualidad en los cambios

El propio Paulo VI, al concluir el Concilio, amonestó: "Se necesita preparar los espíritus a aceptar las nuevas leyes; sacudir la inercia de los que rehusan someterse a los nuevos rumbos; contener la intemperancia de otros que se complacen más de lo justo en novedades personales y que, por este mismo hecho, arriesgan perjudicar seriamente la obra de renovación."

Tampoco debe olvidarse que no todo lo que se estableció en los pasados Concilios se realizó de la noche a la mañana. Muchas diócesis, por ejemplo, tardaron un siglo, y hasta un siglo y medio, en fundar los Seminarios, que fueron una de las más importantes instituciones salidas del Concilio de Trento. Situaciones locales, económicas y religiosas retrasaron la puesta en marcha de esta innovación que debía dar a la Iglesia sacerdotes mejor preparados. (Y hoy el Vaticano II ha dictado normas ulteriores para ponerlos al paso con los tiempos.)

Hoy el mundo —inclusive los medios que se dicen cristianos— se ha vuelto tendencialmente pagano. No tenemos que desesperar, porque quien sigue a Cristo no puede ser pesimista, pero la recristianización del mundo necesitará una labor muy larga porque, por paradójico que pueda parecer, recristianizar es una tarea más difícil que la de los primeros cristianos que abonaron el terreno y esparcieron las semillas evangélicas entre los gentiles. Quizás los países que más pronto puedan asumir un cristianismo auténtico serán los pueblos paganos de Africa y Asia, o los que saldrán de la noche oscura del ateísmo comunista, porque allí los nuevos apóstoles podrán hacer borrón y cuenta nueva. Pero en las naciones de tradición cristiana (y me refiero a los cristianos de todas las confesiones, no sólo a los católicos) se necesitarán esfuerzos increíblemente largos para hacer abandonar poco a poco a la masa de fieles-infieles su mentalidad equivocada, mejorar su conducta y corregir muchas ideas falsas que abrigan en materia religiosa y creen de buena fe ortodoxas. Ahí está la dificultad; de ahí la necesidad de ir despacio, preparando gradualmente la feligresía y centrando el esfuerzo mayor, sobre todo en el terreno virgen de los niños y la juventud de hoy y de mañana, aun sabiendo de antemano que las espigas y los abrojos sofocarán una parte de la semilla.

A las Jerarquías locales incumbe la tarea nada fácil de apreciar la situación del medio ambiente, concretar programas graduales de acción, organizar y canalizar las fuerzas vivas del clero y del laicado y urgirlas a trabajar con disciplina según un plan armónico y coordinado, frenando las iniciativas personales para evitar dispersión de esfuerzos y anarquía.

El tema no ha concluido y me propongo continuarlo próximamente.

